

Broma Cruel, Considerarnos del Primer Mundo

# Neoliberalismo Subdesarrollado

- ★ Continúa Vivo el Estado Protector de Empresarios
- ★ Iniquidad Monstruosa al Proteger los Monopolios
- ★ Sin Real Pluralismo Político no Existe Modernidad

LORENZO MEYER

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) —el club de los países ricos— está considerando la admisión de México. Ingresar a la OCDE en 1994 daría formalmente a nuestro país la categoría de miembro del Primer Mundo, pero ¿realmente lo sería?

Visto desde la perspectiva macroeconómica, y desde la lejanía de Washington, Europa o Tokio, quizá México pueda parecer un país digno de sentarse en la mesa de los grandes. Como exportador, México ocupó el año pasado el decimonoveno lugar (46 mil millones de dólares) y como importador estuvo aún mejor: ocupó el decimoséptimo (62 mil millones de dólares). Sin embargo, la realidad mexicana vista desde la perspectiva de los que tienen que trabajar, vivir y morir aquí —la microrrealidad—, hace que la idea de considerarnos ya parte del Primer Mundo

SIGUE EN LA PAGINA VEINTISIETE

Sigue de la página uno

parezca una broma cruel. Más de 40 por ciento de los mexicanos vive en la pobreza o extrema pobreza. Incluso aquellos que se supone son parte integral de la modernidad, lo son muy relativamente. El obrero mexicano en la industria de autopartes, por ejemplo, recibe 2.75 dólares por hora, en tanto que el estadounidense 21.93 dólares. (Business Week, 19 de abril). El partido en el gobierno lleva modestos 64 años ininterrumpidos en el poder. En fin, los indicadores de subdesarrollo se pueden multiplicar hasta llenar varias cuartillas. Con o sin afiliación en la OCDE, la forma y contenido de la vida cotidiana de la mayoría de los mexicanos, incluidos los de clase media, está lejos de corresponder al primer mundo.

Un par de notas de prensa, aparentemente desconectadas, ilustran el golfo que media entre los indicadores macro (base de nuestro supuesto primermundismo) y lo micro (la realidad del mexicano común y corriente). La primera noticia proviene de Fortune (28 de junio) y es ésta. Entre los 101 multimillonarios del mundo, sólo hay cuatro latinoamericanos y los dos más importantes son mexicanos; uno ocupa la posición número 39 y el otro la 68. Se trata, evidentemente, de Emilio Azcárraga Milmo (y familia) y Carlos Slim Helú. Los activos del primero están valuados en 3,700 millones de dólares y los del segundo en 2,900.

Apenas en su número del 7 de septiembre pasado, Fortune había calculado la fortuna de Slim —cabeza del grupo Carso— en 2,800 millones de dólares, y la de

Azcárraga —Televisa— en 2,600 millones de dólares. El incremento de ambas fortunas es impresionante, particularmente la de Azcárraga, pues en menos de un año aumentó en ¡42 por ciento! (1,100 millones de dólares). Con capitales y crecimientos de esa magnitud, es comprensible que, quien no haya visto la programación de Televisa ni experimentado las fallas en el servicio de Telmex, crea que México ya es parte del primer mundo.

Según los datos de Fortune, el señor Azcárraga y su grupo, ya están a la altura de Sumner Redstone, un magnate estadounidense del teatro y la televisión, y han sobrepasado a Liliane Bettencourt —la dueña de L'Oréal— la persona más rica de Francia. El señor Slim, por su parte, se equipara con Gianni Agnelli, accionista mayoritario de Fiat de Italia o con la familia Dorrance, de la empresa de sopas Campbell.

La segunda nota no es propiamente una noticia, sino una reflexión. A raíz del asesinato el mes pasado en Guadalajara del cardenal Posadas por narcotraficantes, The Washington Post (ver El Financiero, 19 de junio) llegó a la conclusión —novedosa sólo allá por el Potomac— que, finalmente, la reforma política de Carlos Salinas no ha estado a la altura de las expectativas que despertó su reforma económica. En opinión del Post, la falta de profundidad política del neoliberalismo mexicano —el pluralismo democrático sigue sin llegar—, está socavando las tan apreciadas reformas económicas, y propiciando una corrupción que produce situaciones como el asesinato del cardenal Posadas

Las contradicciones en que vive México —el país con el partido de Estado activo más viejo del mundo— son notables y, mientras persistan, nos mantendrán alejados del primer mundo. Veamos el caso de los superricos. El neoliberalismo abrió la economía mexicana al comercio y capital extranjeros en nombre de la eficacia que trae consigo la competencia. Se dijo que había sido la ausencia de competencia, la responsable de que en el pasado, empresarios ineficaces, no exportaran pero engordaran cebándose en un mercado cautivo y amparados por la sombra de un aparato estatal omnipotente e igualmente ineficiente. Todo este absurdo e injusticia, se aseguró, iba a cambiar con el neoliberalismo ¿pero ha cambiado? No mucho; los dos millonarios citados por Fortune son casos claros de que el proteccionismo se mantiene en detrimento del interés nacional como resultado de una relación no sana entre el gran capital y el Estado. Y como bien sugiere el Post, esta relación es consecuencia de la falta de una verdadera reforma política que permita a la sociedad exigirle cuentas, tanto a las grandes empresas de servicios concesionados, como al Estado.

Los señores Azcárraga y Slim se encuentran al frente de sendos imperios —Televisa y Teléfonos de México— que son enormes monopolios privados a los que no ha tocado la "magia de la competencia"... y se nota. Televisa tiene 90 por ciento de la audiencia de televisión en México y Telmex el ciento por ciento de la telefonía no celular. Y si la competencia no entra en esas dos áreas de la



economía, no es porque no quiera, sino porque el Estado proteccionista se lo impide.

Así pues, el Estado protector de empresarios sin competencia, y que supuestamente ya no existía gracias a las reformas neoliberales, sigue vivo. Y como se ve, el resultado es una combinación de enorme concentración de capital con un servicio al público cuya calidad deja mucho que desear. No en balde en febrero pasado el PRI les pidió a los señores Azcárraga y Slim, entre otros, una contribución de 25 millones de dólares a cada uno, para ayudar a sostener las condiciones de un entorno político tan favorable a donantes tan especiales.

Es verdad que incluso en los países neoliberales originales —Estados Unidos y Gran Bretaña— la televisión no es la fuente de conocimiento y cultura que sería de desear. Sin embargo, en ambos casos, el espectador cuenta con verdaderas opciones, y algunos de los espacios que ha creado esa competencia, son excelentes. La televisión británica, por ejemplo, es una notable productora de series históricas, que son, a la vez, entretenimiento e instrumentos educativos de enorme valor. En Estados Unidos, el llamado sistema de televisión pública, es, para algunos, una opción frente a la mediocridad del grueso de la programación de las tres grandes cadenas. Ahora bien, en materia de información pública, esas tres grandes organizaciones (ABC, CBS y NBC), unidas a CNN, a la televisión pública y a la multitud de estaciones locales, constituyen para el grueso de la población, una fuente de in-

formación sobre temas políticos locales, nacionales y mundiales, realmente plural e independiente. En notable contraste con México, al norte del Bravo, la oposición tiene amplio acceso a la televisión —para Ross Perot, la pantalla de televisión ha sido la base para lanzar ataques sistemáticos contra el Presidente Clinton—, y por ello esa televisión es funcional al sostenimiento de la democracia. El monopolio mexicano, en cambio, en materia política se comporta como una “televisión de Estado”. Por su carácter monopolístico, la calidad de una parte sustantiva de su programación, y por su completa subordinación a la voluntad presidencial y al partido del Estado en materia política, la TV mexicana es auténticamente tercermundista y un obstáculo al esfuerzo de modernización y democratización del país.

La calidad de la comunicación es una de las diferencias entre los países desarrollados y los que no lo son. Sin una comunicación telefónica masiva, barata y, sobre todo, eficiente, ninguna sociedad puede ser realmente moderna. En México, el servicio telefónico está muy lejos de los estándares mínimos del primer mundo. En 1990, Teléfonos de México se transformó de monopolio público en monopolio privado, aumentó el costo del servicio, lanzó una gran campaña de relaciones públicas...y siguió dando el mismo mal servicio de siempre.

Una historia típica de la relación usuario-Telmex es ésta. Primero, el aparato telefónico es invadido por ruidos que impiden cualquier comunicación y pasados unos días, muere. A lo

largo de un par de semanas, el usuario reporta sistemáticamente la falla al famoso e inútil 05. Frustrado, acude a la elegante y espectacular oficina de quejas que Telmex abrió ya en la ciudad de México (Frontera 11), y donde el personal, todo sonrisas, promete una solución en cinco días. Pasado el plazo, es posible comprobar que la promesa valió menos que el papel en que quedó impreso el registro de la queja. En la desesperación, se recurre al propio protector de Telmex; es decir, al gobierno, pero en su modalidad de Procuraduría Federal del Consumidor (PFC). La primera visita a la PFC da por resultado una cita para cuatro días más tarde. En esa segunda cita se admite formalmente la queja y se concerta otra cita para dentro de siete días hábiles, y donde se tiene la pri-

mera plática de avenencia; la segunda plática queda programada para mes y medio más tarde. En contraste, el cobro por el servicio telefónico llega puntualmente. La pequeña historia es auténtica porque, como a tantos otros clientes de Telmex, me acaba de suceder. Tras recurrir a todas las instancias descritas, sigo, en materia telefónica, tan incomunicado como si estuviera en medio de la selva. Y tan desprotegido frente a Telmex, como el cordero frente al lobo, pues el poder político está del lado de la gran empresa, no del público consumidor.

En resumen, una política neoliberal sin competencia política o económica, donde el Estado protege a los grandes monopolios —sean estos el PRI, Televisa o Telmex—, da por resultado una inequidad monstruosa.

Produce fortunas familiares o personales de 3,700 ó 2,900 millones de dólares, en un país donde 46.8 por ciento de los hogares tienen ingresos que no son superiores a tres salarios mínimos, y donde el ingreso per cápita apenas llega a los 3,500 dólares anuales. Y para colmo, tamañas fortunas no son producto de la prestación a la sociedad de los mejores servicios posibles sino casi de lo contrario.

Las élites económicas de Estados Unidos, Japón y Europa, podrán admitir al México neoliberal a la OCDE porque así les conviene, pero mientras ese neoliberalismo subdesarrollado impida el verdadero pluralismo político y la auténtica competitividad económica, la modernidad en nuestro país seguirá siendo, en el mejor de los casos, una mera posibilidad, no más.